

Cuando Frank me animó encarecidamente a participar en este acto, le pedí, por favor, no hablar. Porque cuando hablo de Fernando lloro, cuando pienso en él lloro, cuando hablo con Carmen Marqués lloro.

He sido una privilegiada por haber tenido la posibilidad de estar cerca de él. Tengo millones de recuerdos y, hasta puedo decir, soy como soy gracias a Fernando. Su ayuda y ejemplo han marcado mi vida. Pero también debo reconocer que no voy a encontrar las palabras adecuadas para transmitir todo lo que sentimos las personas que hemos tenido el regalo de conocerle. Tengo la alegría de saber que está donde quiere estar, sé que me sigue escuchando y que me dará su consejo cuando lo vea necesario.

Carlos ha hablado de Fernando en la historia del IESE, Juan Carlos hablará de Fernando como amigo y yo, en medio, debería hablar de su actividad profesional. Considero que es imposible separar totalmente estas tres facetas ya que Fernando es profesor del IESE, e intuyo, que si no hubiera sido del IESE, no habría sido profesor. Además, el alumno que conocía a Fernando pasaba a ser su amigo.

Tengo un reto complejo. Al empezar a escribir recordé un consejo de Quino Molina: "cuando tengas que hablar sobre la universidad recurre a los escritos de Don Francisco Ponz". Rápidamente busqué el libro "Reflexiones sobre el quehacer universitario" y cuál fue mi sorpresa al ver que mi edición estaba mal impresa, tenía hojas en blanco el capítulo que me interesaba. Tras unos minutos de desolación, pensé que todos los que estamos aquí hemos escrito páginas de nuestra vida con Fernando y por lo tanto, lo único que debo hacer es acompañarlos en su recuerdo como profesor y/o Maestro

Frente a esta disyuntiva recurrió al diccionario, y encontré:

Profesor: Persona que tiene por oficio enseñar una ciencia, un arte, una técnica. Y Maestro: Dicho de una persona que destaca por su perfección y relevancia dentro de su género, aquella de la que se reciben enseñanzas muy valiosas.

Estas dos definiciones me permiten decir que Fernando ha sido un gran Profesor de profesores y un extraordinario Maestro de maestros.

Podría empezar a enumerar libros, artículos, premios, conferencias, ponencias, consejos, comisiones en las que intervino. Los que hemos trabajado con él sabemos que el artículo que más mencionó en su vida fue "Reflexiones sobre mis viajes en tranvía".

Fernando entendía la contabilidad como el sistema que registra la realidad bajo el difícil principio de la imagen fiel. Su principal enseñanza ha sido obligarnos, hasta en la contabilidad, a poner a la persona en el centro. Siempre diferenciaba la técnica contable de la contabilidad en la dirección. La primera era aplicar criterios predeterminados, la segunda era concienciar al directivo del uso de un lenguaje, cuyo objetivo es reflejar cada hecho acontecido en la organización, remarcando los riesgos de faltar a la verdad. No recuerdo una clase suya, y he asistido a muchas, donde no planteara una decisión.

Fernando no fue profesor de contabilidad, sino profesor de directivos que se veían obligados a convivir con la contabilidad. Creo que Rafael Alvira se inspiró en él cuando dijo que la contabilidad refleja el espíritu de pobreza. Lo que busca la contabilidad es la verdad de la situación económica. La contabilidad ha de ser matemática, pero no sólo, es decir, ha de tener comentarios al margen de los números. La "evaluación matemática" es un instrumento auxiliar interesante y útil. Pero no puede, o no debe, convertirse –como sucede, sin embargo, hoy– en pieza central. Tiene sentido el aprender a valorar según verdad. Y también contribuir a que los demás aprendan a valorar con verdad, pero lo central es generar lo que ayuda al vivir.

Fernando se enriquecía en el ejercicio de su profesión, dominaba lo que tenía que enseñar y tenía como objetivo enriquecer a los demás. Decía que "el objetivo fundamental como hombres de empresa, es no simplemente resolver problemas, sino resolverlos de tal forma que nos perfeccionemos nosotros mismos al resolverlos, y resolver de tal modo que los demás se perfeccionen cuando nos ayuden a solucionarlos. Quizá así seamos menos eficaces, y tengamos que ir más despacio. Pero importa, más que la velocidad, el asegurarse que vamos en la buena dirección. De hecho, si el IESE no nos ayuda a conseguir este objetivo, deberíamos cerrarlo. Y si nos ayuda a conseguirlo deberemos desarrollarlo".

No pretendía que el alumno supiera todo, ni pretendía que supiera mucho, para él lo importante es que supiera lo imprescindible, pero muy bien. Enseñaba la comprensión de la realidad, en todos sus aspectos, justificando cada concepto que se debía entender, despertando el interés por descubrir un lenguaje útil, que hasta ahora el alumno había evitado por la somnolencia que le producía. Fernando hacía lo difícil fácil, lo aburrido ameno, lo árido apasionante, lo superfluo lo eliminaba, hacía evidente la respuesta a preguntas complejas, nunca imponía normas, desarrollaba criterio buscando el equilibrio entre los dos siguientes lamentos:

Ay de quien piensa que la contabilidad no sirve para nada

Ay de quien piensa que la contabilidad sirve para algo.

Tenía una impresionante facilidad para ser claro en aquello que tiene fama de oscuro, exponía de forma atractiva y solvente. Su estilo era claro, sobrio, confiado y con humor.

No se limitó a ser profesor, ya que fue maestro. Siempre intentaba que el alumno viera el "sentido de los hechos", la "esencia" de todo acontecimiento, remarcando que se debe tener una brújula que marca la meta a la que se debe aspirar llegar. Estimulaba presentando formas valiosas y valerosas de buen hacer.

La autenticidad de su vida ha dejado una profunda huella. Representa un ejemplo de ejercicio de responsabilidad y libertad. Siempre dispuesto a hacer aquello que creía que había que hacer. Ha conciliado un profundo sentido cristiano de la existencia y de la realidad, con un enorme respeto hacia las múltiples formas humanas de construir el sentido del mundo.

Sus silencios valían a veces tanto como sus palabras y lo que insinuaba, con su humor, era más eficaz que largas exposiciones. Muchas veces repetía "Bienaventurado quien, no teniendo nada que decir, se calla". Cuando le planteaba un problema no sabías si me iba a contestar, pero estaba segura que iba a rezar, y si se le ocurría una solución me la plantearía buscando lo mejor para mí. Un día, planteándole un problema muy importante, le dije "Fernando ten cuidado, tengo tanta confianza en ti, que si me dices que me tiré por la ventana lo haré" Estoy segura que ya sabéis lo que paso. No hubo contestación, pero me acompañó en su solución.

Me considero alumna de Fernando por su planteamiento frente a la contabilidad, pero me considero su discípula ya que no solo me ha transmitido conocimientos, sino también, una forma de ser y vivir. Me deslumbraba con sus valores y me impulsa a seguirlos. Ha sido un gran maestro que busca el saber para hacerse a sí mismo bueno, y se imponía, como su deber, compartir su saber con los demás para hacerlos también buenos pero, además, felices.

Todos esperábamos encontrarnos con él. Su sonrisa era su gesto de acogida. Su fina observación, su comentario oportuno, su actitud irónica nos producía alegría. Era capaz de ver el lado divertido de la vida de modo positivo y sereno. Estaba de buen humor y hablaba con humor.

El humor de Fernando era signo de su inteligencia, de una mente atenta, reflexiva, ágil y profunda, con una muy educada sensibilidad. Pero también era la expresión de una libertad interior, reflejo de escasas y valiosas certezas y múltiples dudas. De ahí su talante abierto, muchas veces impregnado de ternura.

Su buen humor es el resultado de la armonización del temperamento con el carácter y la finalidad que se propuso en la vida.

Fernando nos ha dejado grandes retos a nivel personal y profesional. Nos ha ayudado a descubrir hacia donde debemos ir, incluso, en contabilidad, nos ha dicho la forma de hacerlo, pero nos queda a nosotros llevarlos a cabo.

Creo que ahora nos diría "cabe preguntarse si no nos estamos preocupando mucho de preparar el porvenir de la humanidad, sin preocuparnos en cambio lo suficiente de preparar a los hombres para el porvenir, poniéndoles en condiciones de ser ellos mismos quienes se lo forjen. Debemos ayudar eficazmente al hombre en el tratamiento de una de las enfermedades que le aquejan, que los sociólogos llaman anomía, y que estriba en la falta de toda norma estable y duradera. El progreso transforma incesantemente nuestra vida, y ello está bien si los cambios resultantes son asimilados en el marco de unos valores permanentes del espíritu que por sí mismos son invariables. Pero si ello no sucede así, lo que se produce es un irresponsable afán de novedades que acaba por convertirse en un auténtico desconcierto existencial y en un vivir sin bases ni raíces. La serenidad y el rigor de los métodos propios de la ciencia y del estilo mismo de instituciones como el IESE, son muy apropiados para conjugar adecuadamente el deseable progreso con intereses superiores e invariables.